Día 6

# SALMO 49

«Pero Dios me rescatará de las garras del sepulcro y
con él me llevará»
(Sal. 49:15).

El Salmo 49 se categoriza como un salmo de sabiduría. Cuando observamos que los malvados prosperan y son una amenaza para nosotros, ¿cómo podemos responder? ¿Debemos temer? Los hijos de Coré nos llaman a reflexionar sobre este temor a la luz del fin que les espera a todos, independiente de su supuesto éxito en esta vida.

La cruda realidad a la que nos señala el salmista es que todos moriremos, y esa muerte empareja el terreno de todos. Quizás durante esta vida algunos prosperarán más que otros, y quizás aún por medios corruptos, pero la muerte los espera. La muerte es juez de todos, exponiendo en qué han confiado durante su vida. Muchos confían en sus riquezas, suponiendo que por haber logrado mucho en esta vida, serán recibidos por Dios en la próxima (vv. 7-9). Pero esto es denominado como vanagloria. Confiar en cualquier cosa producida por nuestras manos, ya sea dinero, trabajo y buenas obras, es establecer nuestra vida y nuestro futuro sobre la arena. Cuando la vida es vivida así, el sepulcro se volverá nuestra casa para siempre (v. 11).

Aunque el hombre fue diseñado como superior a las bestias, cuando confiamos en la creación, en las riquezas, en nuestra soberbia y buscamos redimir nuestra propia alma con nuestros logros, somos igual que las bestias (v. 12). El autor afirma de nuevo en el último versículo que esta vanagloria, sin entendimiento, resulta en que el hombre sea como las bestias.

¿Cuál es este entendimiento que podrá rescatar al hombre de morir igual

que las bestias? La respuesta la encontramos en versículo 15: «Pero Dios me rescatará de las garras del sepulcro y con él me llevará».

Es fácil pensar que, en medio del sufrimiento y pobreza, deberíamos ser más como la gente próspera. Rápidamente volcamos nuestra atención a las maneras en las que el mundo soluciona su vida. Intentamos redimir nuestra propia vida con riquezas, salud y felicidad, cuando todas esas cosas son temporales y todos nuestros logros y bienes se desvanecerán. En medio de la pobreza, del dolor y de la enfermedad, cuando observamos a nuestro alrededor y los demás son ricos, saludables y felices, no podemos caer en la tentación de emular al mundo. Nuestra única opción es arrojarnos sobre la bondad de Dios. El redentor no es una cuenta bancaria, ni un reporte de salud, sino que es Dios, con manos clavadas y la tumba vacía. La única esperanza de que podamos evitar que el sepulcro sea nuestro hogar para siempre, es confiando en Él, quien ha conquistado el sepulcro y la muerte.

No codicies el éxito o la prosperidad de tu prójimo, por el contrario, ora para que tanto tú como él puedan saber dónde se encuentra la verdadera riqueza: en Dios, quien redime nuestra alma del sepulcro y nos recibe para siempre. De lo contario, tanto nosotros como nuestro prójimo, podríamos terminar igual que las bestias: muertos para siempre.